



## ¿ATRAPADOS EN DILEMAS? (LA ORACIÓN IV)

Juan F. Muela

### I. INTRODUCCIÓN

Hemos repetido una y otra vez a lo largo de estas reflexiones que el espíritu y la intención de esta serie de predicaciones se podría sintetizar en esta frase de P.Yancey:

*“La mayoría de los conflictos que tengo en mi experiencia como cristiano giran alrededor de los dos mismos temas: Por qué no actúa Dios de la manera que yo quisiera que lo hiciera y por qué no actúo yo de la manera que Dios quiere que lo haga. Pues bien, la oración es justo el punto preciso donde esos dos temas convergen, se fusionan, se enfrentan y estallan con toda su fuerza”.*

También podríamos resumir lo dicho con otra frase de Yancey:

*“Estoy convencido de que los principales requisitos en la oración son la consciencia y la franqueza: acercarnos a Dios conscientes de Quién es Él, y hacerlo, realmente, tal como somos, sin tapujos ni pretensiones, derramándonos y esperando lo mejor.”*

Pero decir esto no es suficiente para vencer muchas de nuestras reticencias ni para contestar muchas de nuestras preguntas... Ya adelanto que algunas de esas preguntas quedarán flotando ahí, en el mar del Misterio. Pero sacarlas a la luz es un ejercicio necesario de honestidad espiritual y, estoy seguro, pueden dar frutos para reforzar nuestra fe, alimentar la pasión de relación amorosa con nuestro Dios y Padre y abrirnos ventanas a la esperanza y la paz interior, esa paz de Cristo que sobrepasa todo entendimiento.

De hecho, quizá no necesitamos tanto respuestas –y menos dogmas de catecismo–, como el mero y saludable ejercicio de plantearlas para hacer nuestra fe más humana, más madura, más honesta, más adulta.

*El cementerio de Miango*

*En un libro sobre misiones se nos relata cómo Charles Edwards White, profesor universitario americano, pasó entre 2000 y 2004 varios semestres como profesor visitante invitado en la Universidad de Jos, en Nigeria. Mientras estaba allí visitó un cementerio misionero inglés –en un tranquilo jardín detrás de una capilla en Miango, en la Meseta Central de Nigeria–, cuyas lápidas más antiguas se remontaban hasta 1928. La mayoría eran pequeños montículos y, asombrado, comprobó que 33 de las 56 tumbas contenían los restos de niños pequeños. Dos de los niños apenas vivieron un día. Otros vivieron unos pocos años cayendo víctimas de enfermedades tropicales comunes en África.*

*Cuando preguntó al respecto a misioneros veteranos le contaron varios relatos. Pero el que más le impactó fue el de Melvin Louis Gossen que tenía 7 años cuando él y su hermano de 12 se cayeron de un puente suspendido sobre un riachuelo desbordado por la lluvia. Su padre, el misionero Arthur Gossen se lanzó al agua para rescatar a sus hijos y los tres se ahogaron.*

*Pero había muchas historias más, tristes historias que le sucedieron a gente comprometida como pocos con Dios y con su Reino. A raíz de esto escribió la siguiente reflexión: “El cementerio de Miango nos dice algo en cuanto a Dios y su gracia. Nos habla de que esa gracia es libre pero no barata. Testifica que Dios no es un abuelo alegre que satisface todos nuestros deseos. Todos esos padres querían que sus hijos vivieran, seguramente suplicaron a Dios por sus vidas, pero esos niños murieron.*

*Las tumbas nos muestran que Dios no es un comerciante calculador que retiene sus bienes hasta que tengamos suficientes obras o fe para comprar su ayuda. Si alguien debió ganar crédito ante Dios, habrían sido estos misioneros. Ellos lo dejaron todo para servirle, para llevar el Evangelio a territorio hostil. Y a cambio sufrieron pruebas de una intensidad inimaginable.*

*No puedo aceptar en esta situación respuestas facilonas de manual. Para una pareja de misioneros parada ante el montículo de tierra en un jardín de Nigeria donde yace su hijo ninguna explicación lógica sobre las oraciones no contestadas bastará. Y en cambio no me consta que ninguno de ellos abjurara de su fe y del valor de su misión. Y es que ellos debieron poner su fe en un Dios que todavía está por cumplir la promesa de que el Bien triunfará sobre el Mal, la Vida sobre la Muerte, de que, al final, la buena voluntad y propósitos de Dios prevalecerán. Aferrarse a esa creencia puede representar la racionalización suprema o bien el acto más elevado y conmovedor de fe.*

*Por mi parte, la única manera que se me ocurre de asumir y entender el cementerio de Miango es recordando que Dios también enterró a su Hijo en el campo misionero. Todos los que emprendan ese camino harían bien en no olvidarlo."*

Todos tenemos experiencia de oraciones contestadas, a veces de manera extraordinaria, más a menudo como puntuales gozos cotidianos. Esto es un hecho innegable, al menos para los que tienen fe, porque como dice C. S. Lewis,

*"Al que no cree ninguna prueba le bastará. Al que cree ninguna prueba le es necesaria."*



Por otro lado, todos sabemos por experiencia que muchas de nuestras oraciones de petición han sido triviales o egoístas. Alguien definió esas oraciones como "quejidos de la clase media". Si hemos madurado bastante, a menudo nos avergonzamos de ellas.

Pero todos, o casi todos, tenemos también experiencia de oraciones –al menos en nuestra opinión– que cumplían los requisitos más altos de justicia y necesidad y que recibieron respuestas frustrantes o insatisfactorias, cuando no el silencio. Acabamos de leer un ejemplo extremo y terrible de ello.

Vamos a entrar a reflexionar en estas cuestiones a partir – ¡cómo no!– de un salmo. Y es que, como decía Calvino:

*"Cualquier cosa que pueda estimularnos cuando estamos a punto de orar a Dios este libro la enseña."*

Así, pues, pondremos sobre el tapete **preguntas** como:

- I. ¿Actúa Dios? ¿Contesta siempre a nuestras peticiones?
- II. ¿Cambia algo?
- III. ¿Tiene sentido pedir?
- IV. ¿Qué pasa cuando Dios no contesta, o simplemente nos niega algo que consideramos justo y necesario?

El salmo que vamos a leer ilustra, más que el contenido exacto, los sentimientos que afloran detrás de estas preguntas, la angustia que puede causarnos no tener respuestas fáciles, los resultados que pueden derivarse de perder la

confianza en Dios tras alguna de estas experiencias. Pero también, tras ello y a pesar de todo, el hecho de no perder nunca la esperanza y la confianza en un Dios que permanece en última instancia, siempre, como misterio inaccesible, el "Absolutamente Otro" del que podemos esperararlo todo, pero al que nada podemos exigir.

## II. DESARROLLO

### Salmo 13

<sup>1</sup> *¿Hasta cuándo, Yahvé? ¿Me olvidarás para siempre?*

*¿Hasta cuándo esconderás tu rostro de mí?*

<sup>2</sup> *¿Hasta cuándo tendré conflictos en mi alma,*

*con angustias en mi corazón cada día?*

*¿Hasta cuándo será enaltecido mi enemigo sobre mí?*

<sup>3</sup> *Mira, respóndeme, Yahvé, Dios mío;*

*alumbra mis ojos, para que no duerma de muerte,*

*para que no diga mi enemigo: «Lo vencí».*

*Mis enemigos se alegrarán si yo resbalo.*

<sup>5</sup> *Mas yo en tu misericordia he confiado;*

*mi corazón se alegrará en tu salvación.*

<sup>6</sup> *Cantaré a Yahvé*

*porque me ha hecho bien.*

Y todo ello no puede ocultar el desconcierto y el dolor del principio. Porque aquí se habla del silencio de Dios, de cuando el misterio de Dios se manifiesta en medio de algo que nos afecta o que nos duele mucho.

Solemos llevar bastante bien el silencio de Dios cuando todo nos va bien. Es más, casi lo agradecemos. Somos así.

Solemos llevar bastante bien el silencio de Dios cuando todo nos va bien. Es más, casi lo agradecemos. Somos así. Pero cuando parece ausente cuando más lo necesitamos; cuando no contesta o somos incapaces de percibir esa respuesta en positivo que necesitamos más que el aire que respiramos; cuando, en medio de dificultades o dolor –"enemigos" dice David– nos creemos condenados al olvido o nos vemos frente a esa terrible realidad descrita como que Dios oculta

su rostro de nosotros, como quien no quiere saber nada de nosotros... Ah, entonces la cosa cambia. Nuestros esquemas y con ellos nuestra confianza se tambalea. Empezamos a cuestionar muchas cosas: su bondad, su interés, su existencia misma. Caemos en el agujero, a menudo inconsciente, de que hablábamos en otra ocasión: nos enfadamos con Dios, pero no en lucha abierta, sino con resentimiento y rencor. Y sólo perdonando a Dios podremos salir de ahí y sentirnos perdonados y rehabilitados en la fe nosotros mismos.

De dos cosas esenciales y muy humanas nos habla el salmo...

### 1. El salmo 13 nos habla de la angustia que experimenta el orante (vv. 1-4)

*<sup>1</sup> ¿Hasta cuándo, Yahvé? ¿Me olvidarás para siempre?*

*¿Hasta cuándo esconderás tu rostro de mí?*

*<sup>2</sup> ¿Hasta cuándo tendré conflictos en mi alma,  
con angustias en mi corazón cada día?*

*¿Hasta cuándo será enaltecido mi enemigo sobre mí?*

*<sup>3</sup> Mira, respóndeme, Yahvé, Dios mío;*

*alumbra mis ojos, para que no duerma de muerte,*

*<sup>4</sup> para que no diga mi enemigo: «Lo vencí».*

*Mis enemigos se alegrarán si yo resbalo.*

Cuando esto sucede aparecen dudas corrosivas que, de no ser resueltas, acaban por volvernos amargados y cínicos, incluso aunque sigamos profesando de boquilla una fe que en realidad ya no nos llena ni nos convence, desprovista de alegría y entusiasmo, moribunda y resignada. Incapaz ya de potenciar lo mejor de nosotros mismos y alimentada a menudo con lo peor.

Sabemos de sobra que la propia Biblia está llena de ejemplos de oraciones que quedaron en el aire: Moisés ante la imposible entrada a la tierra prometida, la muerte del bebé de David, el sufrimiento de Job, Jonás y Elías pidiendo la muerte, Habacuc que clamaba por la liberación de su pueblo, Jeremías que oraba por la salvación de Jerusalén, y un largo etcétera.



En el Nuevo Testamento encontramos más casos. No sólo Jesús en Getsemaní, u orando por la unidad de los suyos en Juan 13. Pablo también es un buen ejemplo y no sólo al pedir por su propia salud. No hay más que leer sus encendidas oraciones por las iglesias, y leer luego el triste historial de muchas de ellas para darse cuenta de lo lejos que quedaron del ideal por el cual él oró.

Y bien. Algunas oraciones no contestadas pueden atribuirse a faltas en el que ora. Algunas, no todas, pueden deberse al respeto exquisito de Dios por la libertad humana y a su negativa a manipular o coaccionar. Otras, no todas, se deben a que vivimos en un mundo plagado de enfermedad, violencia y muerte.

Pero aún así, ¿cómo hallar sentido a la experiencia individual, personal y amarga de las oraciones no contestadas? Bueno, en sentido estricto, toda oración es contestada. Si no con la convicción interna, al menos con los hechos. Pero, naturalmente, nosotros nos referimos a las contestadas en positivo, según nuestra voluntad. De eso estamos hablando.

Y eso que, a pesar de todo, el Nuevo Testamento enfatiza y nos asegura que nuestras oraciones determinan una diferencia para Dios y para el mundo:

Pedid, y se os dará... (Mateo 7:7)

Y la oración de fe salvará al enfermo... (Santiago 5:15)

La oración eficaz del justo puede mucho. (Santiago 5:16)

Pedís, pero no recibís, porque pedís mal... (Santiago 4:3)

Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones... (1 Pedro 3:12)

Con su peculiar y penetrante inteligencia, C. S. Lewis reconoció que el problema real no está en el hecho de la negativa, sino en las promesas arrolladoras de la Biblia que parecen garantizar que ninguna oración quedará sin respuesta positiva. Dice él:

*“Sería mucho más fácil si Jesús hubiera dicho: Os concedo el don de la oración pero debéis percataros, por supuesto, de que los seres humanos son a menudo necios e inconscientes y en todo caso su entendimiento es limitado e imperfecto, así que hay límites en cuanto a si sus oraciones van a ser contestadas. La oración opera como una caja de sugerencias. Preséntale con claridad a Dios tus peticiones y yo garantizo que todas serán estudiadas con atención... Eso sería una declaración cómoda y tranquilizante. Podría convivir con ella sin problemas. Me parece justa y razonable... Pero no fue esto lo que Jesús dijo.”*

Efectivamente. Lo que dijo Jesús al respecto fueron más bien afirmaciones como éstas:

*De cierto os digo que si tenéis fe y no dudáis, no solo haréis esto de la higuera, sino que si a este monte le decís: "¡Quítate y arrójate al mar!", será hecho. Y todo lo que pidáis en oración, creyendo, lo recibiréis. (Mateo 21:21-22)*

*Otra vez os digo que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidan, les será hecho por mi Padre que está en los cielos... (Mateo 18:19)*

*Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pedís en mi nombre, yo lo haré. (Juan 14:13-14)*

...y algunas otras similares. Estas frases representan apenas una muestra de las afirmaciones arrolladoras que en el Nuevo Testamento se formulan en un lenguaje muy claro. Algunos predicadores utilizan estos textos como una especie de garrote, esgrimíéndolos contra la iglesia por no tomarlos literalmente y echándoles la culpa por tener tan poca fe. Pero, ¿cómo se explican entonces las oraciones no contestadas de Jesús y de Pablo? ¿Cómo reconciliar promesas arrolladoras, como dice Lewis, con la experiencia real de tantos creyentes sinceros que luchan con el dolor de la ausencia que suponen las oraciones decepcionadas?

Una explicación podría ser que debemos atender a la letra pequeña, a las cláusulas que modifican estas espléndidas promesas. Prácticamente todas ellas contienen un calificador como "si tenéis fe" o "si permanecéis en mí". La seguridad de que la oración será contestada, aunque sigue siendo arrolladora en su alcance, viene con condiciones. Ello plantea preguntas que a menudo pueden ser muy saludables, pero que también pueden degenerar en una injusta y enfermiza tortura:

¿Realmente tengo fe? ¿Estoy permaneciendo en Cristo? ¿Son mis peticiones conforme a su Voluntad?

C. S. Lewis dejó escrito:

*"Después de meditar en este problema durante años y de conversar-lo con casi todo creyente que conozco, culto o sencillo, laico o religioso, dentro de mi propia denominación o fuera de ella, he llegado a la conclusión de que la clase de fe intrépida que pide Jesús tiene lugar sólo cuando el que ora lo hace como consciente y voluntario colaborador de Dios pidiendo lo necesario para el trabajo que realiza junto con Dios. Esta es la oración del profeta, del apóstol, del misionero, que es hecha con tal confianza por-*

*que, necesariamente, algo del conocimiento divino ha entrado en su mente produciendo una sintonía inexplicable que le permite trabajar en íntima alianza con Dios. Porque quien así ha crecido en la capacidad de discernir lo que Dios quiere realizar en la tierra, ora en conformidad con su voluntad.”*

Puede ser una respuesta, pero con todo respeto a C. S. Lewis, un ideal al alcance de muy pocos. De ningún modo quiero dar la impresión de no valorar las maravillosas promesas en cuanto a la oración dadas por Jesús y otros autores del Nuevo Testamento. Dios sabe lo necesitado –y a veces lo lejos– que estoy de tener esa fe audaz y sencilla que estas palabras exigen. Por otro lado, considerarlas de forma aislada puede conducir a una especie de exigencia y reclamación ante Dios, como si pensáramos que lo tenemos atrapado en sus propias palabras –lo que hizo el mismo Satán con Jesús usando la Escritura–; olvidamos entonces cómo tan a menudo y a lo largo de toda la Biblia los gigantes espirituales lucharon constantemente con Dios en sus oraciones.

Nosotros mismos, guiados por la sensatez, ponemos de hecho límites a nuestras propias oraciones: algunas cosas podemos pedirles incondicionalmente como el perdón, la propia fe y la misericordia. Otras son condicionales y lo sabemos. Tampoco pedimos la alteración de las leyes naturales que gobiernan el Universo. Oramos por la salud de un hermano, pero no lo haríamos por la restitución de su pierna amputada. Tampoco pedimos a Dios que cambie la órbita del planeta para contrarrestar los efectos del calentamiento global. Más bien le pedimos que nos indique nuestro propio papel para consolar y ayudar a mi hermano minusválido, o para colaborar en las necesidades ecológicas y medioambientales.

Al meditar en el misterio de la oración no contestada también aprendo simplemente a eso que resulta tan extraño en nuestro mundo acelerado: a esperar. Recordemos:

*Bueno es el Señor a los que en él esperan, al alma que lo busca.  
(Lamentaciones 3:25)*

*mas los que esperan en el Señor tendrán nuevas fuerzas, levantarán alas como las águilas... (Isaías 40:31a)*

*No nos cansemos, pues, de hacer bien, porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos. (Gálatas 6:9)*

Dice Yancey al respecto:

*“El Plan de Dios se desenvuelve como una ópera tranquila, no como una canción frenética de un top de éxitos. Para los que nos vemos atrapados en una frase de la ópera, en especial si es de lamento o dolor, la música*

*ca puede parecer insoportablemente triste. Avanza a velocidad deliberada y con gran esfuerzo. El mismo tedio, el acto de espera en sí mismo, trabaja para nutrir en nosotros cualidades como la paciencia, la persistencia, la confianza, la bondad y la compasión... o, en todo caso, puede hacerlo si nos colocamos en sintonía con la labor de Dios en esta Tierra. Puede exigir más confiar en Dios cuando no recibimos lo que pedimos que cuando lo recibimos. ¿No es este acaso el punto crítico de Hebreos 11 cuando incluye el penetrante comentario sobre los héroes de la fe?: "Aunque todos obtuvieron un testimonio favorable mediante la fe ninguno de ellos vio el cumplimiento de la promesa". Luego, el pasaje entrelaza el destino frustrado de ellos con el nuestro: "Esto sucedió para que ellos no llegaran a la meta sin nosotros, pues Dios nos había preparado a todos algo mejor".*

Efectivamente, la fe, incluso en situaciones incomprensibles –puede que más bien en ellas– nos llama a confiar en un Dios orientado al futuro.

Dios enterró a su Hijo en el campo misionero. Jesús no tuvo ni buscó privilegios para obtener facilidades en esta vida. No espero que la oración haga las cosas más fáciles o me ahorre el dolor o los problemas. Lo que sí espero es que me dé fuerza interna para seguir luchando.

También el salmo que hemos leído nos habla de esto implícitamente, de la fidelidad de Dios. Como hemos visto, los salmos están repletos de gemidos, quejas, lamentos e interpelaciones devastadoramente honestas y brutales. Aquí, en el salmo 13, la misericordia de Dios de la que habla y en la que confía el salmista no deja de ser una promesa recibida que no puede palpar en ese momento, pero en la que espera quizá porque ya no le queda nada más.

Sí. Dios enterró a su Hijo en el campo misionero. Jesús no tuvo ni buscó privilegios para obtener facilidades en esta vida. No espero que la oración haga las cosas más fáciles o me ahorre el dolor o los problemas. Lo que sí espero es que me dé fuerza interna para seguir luchando. La perseverancia es la forma de demostrar la fe, pero necesita la esperanza. La obediencia es poner esa fe en acción, pero necesita la esperanza. La vida con Dios hace de la fe una interacción continua con Él que se nutre de la esperanza.

Sin esperanza no es posible la oración. Y si no hay oración no hay fe, no hay crecimiento, no hay vida. No hay esperanza. Estamos en un círculo vicioso sin salida. ¿O no?

## 2. El salmo 13 nos habla también de la esperanza que experimenta el orante (vv. 5-6)

*5 Mas yo en tu misericordia he confiado;*

*mi corazón se alegrará en tu salvación.*

*6 Cantaré a Yahvé*

*porque me ha hecho bien.*

Como vemos, el final del salmo es una meditación sobre la firmeza y fidelidad de Dios. Pero, en él, la confianza final es más un deseo que una seguridad absoluta. Es más un acto puro de fe que una convicción probada. Y así debe ser.

Meditar ya implica que el mero hecho de ser consciente de la presencia de Dios puede transformar mis peticiones. Eugene Peterson sugiere:

*“Se lento para orar. La oración nos pone en riesgo de involucrarnos en las condiciones de Dios. Cuando oramos atropellada e inconscientemente queremos involucrar a Dios en nuestras condiciones. No olvides que Jesús pronunció el “Hágase tu voluntad” al final de su oración y no al principio”.*

Y es que en todas mis oraciones, ya sea que reciba las respuestas que quiero o no, puedo contar con este hecho: Dios puede usar cualquier cosa que suceda. Nada es irreversible. Nada es irredimible. Así oraba el autor británico John Baillie:

*Permíteme usar el desencanto como material para la paciencia.*

*Permíteme usar el éxito como material para la gratitud.*

*Permíteme usar los problemas como material para la perseverancia.*

*Permíteme usar el peligro como material para el valor.*

*Permíteme usar el reproche como material para la misericordia.*

*Permíteme usar el elogio como material para la humildad.*

*Permíteme usar los placeres como material para la moderación.*

*Permíteme usar el dolor como material para la resistencia.*

Solemos tener una visión pobre y egoísta de la oración: la usamos para tener éxitos y resultados felices, alivio de dificultades y problemas.

Por nuestra naturaleza egoísta tendemos a orar para obtener éxitos, resultados felices, alivio de las dificultades y problemas. Pero, paradójicamente, Jesús llama bienaventurados a quienes experimentan justo lo opuesto: la pobreza, el llanto, la injusticia. Y en medio de eso se mantienen limpios, misericordiosos, constantes, esperanzados. Ésa es la clave de las bienaventuranzas: una esperanza que se proyecta en el futuro y que en su experiencia presente remite a la comunidad cristiana, la cual se convierte muchas veces con sus actos en la respuesta de Dios a la

oración de muchos. Pero para eso, además de confianza hace falta iniciativa, ese don tan escaso en nuestras iglesias.

Con todo, hay muchas carencias que la comunidad puede aliviar pero no solucionar y que permanecen en el Misterio de la voluntad de Dios y sus altos caminos que se nos escapan.

Pablo, que fue un maestro de oración, tuvo sin embargo un deseo supremo que no se vio cumplido. No me refiero al famoso "aguijón en la carne", cuya respuesta "Bástate mi gracia" en 2 Corintios 12:9 ya es significativa. Ese deseo supremo por el que penó, porfió y, por supuesto, oró, era que sus compatriotas judíos abrazaran al Mesías que él había encontrado en el camino de Damasco:

*Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo, que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón, porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne... (Romanos 9:1-3)*

Sin duda, Pablo oró por eso a diario durante toda su vida y, sin embargo rara vez obtuvo respuesta. Ciudad tras ciudad, los judíos le rechazaban. En la respuesta de Pablo a este profundo desencanto puede verse un patrón ideal sobre como vérselas con la oración no contestada. En primer lugar, él no hizo sencillamente la petición y se resignó a la decisión de Dios. Unió la acción a la oración y perseveró yendo a las sinagogas, a pesar del altísimo coste personal que esto tuvo para él; aunque acabó dedicándose en exclusiva a los gentiles, nunca se cansó y dejó el tema archivado. En su carta más profunda y teológica plasmó las reflexiones que podemos encontrar en Romanos 9-11, un pasaje apasionado, una auténtica lucha verbal con Dios en la que contiene con franqueza sobre este tema que constituyó la más grande oración no contestada de su vida.

Con todo, Pablo reconoce un beneficio colateral importante en esta historia: el rechazo de Jesús por los judíos abrió la puerta a su aceptación por los gen-

tiles. Quienes buscaban la revelación de Dios no la vieron, quienes nunca la esperaron se la encontraron y la consiguieron. Y es que Pablo está tratando de hallarle sentido a la Historia que, en su caso, tiene un interés muy personal y, negándose a perder toda esperanza, concluye con esta doxología que constituye su reflexión final sobre la oración no contestada:

*¡Profundidad de las riquezas, de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!, porque, ¿quién entendió la mente del Señor? ¿o quién fue su consejero? ¿Quién le dio a él primero, para que le fuera recompensado?, porque de él, por él y para él son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén. (Romanos 11:33-36)*

En un instante, Pablo ha tenido eso que tan a menudo nos falta a nosotros: un atisbo de la vista desde la cumbre. En esa cumbre, como dice el canto,

*Mis argumentos, mis sentimientos, quedan atrás lejos mío, tan lejos mío...*

Aunque siga habiendo tantas cosas que no comprendo... Y es que, al final, la oración no contestada me lleva al profundo misterio que hizo callar a Pablo, la profunda diferencia entre mi perspectiva y la de Dios:

*Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos ni vuestros caminos mis caminos", dice el Señor. (Isaías 55:8)*

Es como si dijese: "Soy misterioso. Aceptadlo". Ante esa verdad irrefutable quizá solo podemos decir algo así como: "De acuerdo. Eres Misterioso e insondable. Pero no dejaremos de pedir y de ir a Ti. Porque así nos lo enseñó Jesús y nadie como Él te conocía y te dio a conocer".

En última instancia, aunque a algunos no les sirva de mucho consuelo, la respuesta final a la oración no contestada acaba siendo la misma explicación que Pablo dio a los Corintios:

*Ahora vemos por espejo, oscuramente; pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como fui conocido. (1 Corintios 13:12)*

### III. CONCLUSIÓN

Ningún ser humano, por sabio o espiritual que sea, puede interpretar los caminos de Dios o explicar por qué hay alguna intervención divina aquí y no allí. Junto con Pablo, sólo podemos esperar y confiar sin dejar de meditar y conversar sobre esto y sobre todo con nuestro Padre. Con confianza. Con franqueza. Con

ese amor que todo lo cree y todo lo espera para poder decirle con el cariñoso desparpajo de un hijo a su Padre: "Tú eres misterioso, lo aceptamos. Pero nosotros seguiremos orando, pidiendo... porque así nos lo enseñó Jesús".

Ciertamente, la respuesta que recibimos a las peticiones puede resultar desconcertante. Como Pedro, podemos orar por comida y recibir una lección sobre racismo; como Pablo, podemos pedir salud y recibir humildad, podemos pedir comodidad y alivio y recibir paciencia. Pedir, buscar y llamar en verdad afecta a Dios como Jesús reitera, pero también ejerce un efecto duradero en quien pide, busca y llama.

Yancey confiesa:

*"Envidio, realmente envidio a los que oran con una fe sencilla sin afanarse por cómo la oración funciona y cómo Dios gobierna el Universo. Pero, por alguna razón no puedo dejar de hacerme preguntas. Por otra parte, un poco de lectura sobre Física Moderna y Cosmología me han convencido de que nosotros, criaturas minúsculas y finitas, atadas al tiempo y al espacio, jamás podremos captar desde aquí poco más que un ápice de cómo es este Universo y cómo se gobierna.*

*He aprendido que las cosas que obtengo y persigo a menudo resultan desilusionantes y amargas. Las mejores cosas en la vida son los dones inesperados que recibimos. La oración, quizá, funciona de esa manera. No estén afanosos pero orad por todo, les dice Pablo a los Filipenses. Esa es la clave para la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento y me da la seguridad de que Dios me ama y de que entiende lo que me preocupa. Ahora procuro atesorar mucho más el tiempo que paso con Dios que las peticiones que quisiera que él cumpliera. Ahora busco no tanto involucrar a Dios en mis decisiones y acciones sino involucrarme yo en la suyas. Señor, muéstrame lo que estás haciendo hoy y cómo puedo ser parte de eso".*

¿Amén?

**Juan Fco. Muela**

Comunidad Cristiana Evangélica de Bilbao

<http://www.iglesiasantutxu.org>